

CAPÍTULO III

GIBRALTAR

ENTRE las reclamaciones territoriales españolas inexcusables, ocupa la de la plaza y Peñón de Gibraltar, como es natural, rango de preferencia. No quiere esto decir que la restitución de la fortaleza robada alevosamente por la voracidad británica, a comienzos del XVIII, tenga un asidero de mayor solidez jurídica o, simplemente, de más consistencia legítima que otras muchas reivindicaciones de España, menos conocidas. En modo alguno puede aceptarse esta tesis simplista, grata a muchos compatriotas de superficial criterio que suponen acaba en la Roca calpense, el designio de nuestra política exterior.

Gibraltar es uno de los objetivos inmediatos de la Falange y de la Revolución Nacional. No el único, ni el más importante. Si en el orden de enumeración lo situamos a la cabeza de nuestras peticiones es porque al propio tiempo que supone la rectificación de un latrocinio, viejo de dos siglos, la ocupación inglesa de la ciudad es una «ofensa permanente», un agravio continuo, una mancha que hiere el honor de la Patria. Otras tierras nos son debidas por estricta justicia histórica, por exigencias demográficas, por razones estratégicas o de vitalidad nacional. Gibraltar nos pertenece además porque sin él España, se halla amputada de un trozo de su cuerpo; es una nación mutilada, incompleta, en cuyo territorio hiende su pico el pajaraco inglés; porque, en suma, como luego expondremos, nunca desde 1704 ha dejado legalmente de reinar en su recinto la soberanía española, aunque usurpada, desconocida y burlada por la impasible impertinencia de la diplomacia británica.

• Afirmar que Gibraltar pertenece a España es de una absoluta obviedad. Ningún español en los últimos dos siglos, sea cual fuere su matiz político, ha disentido jamás de esta premisa elemental. En la propia Inglaterra hubo también, a lo largo de este período, gentes de conciencia más acusada que reconocieron la españolidad indiscutible de la Roca. Los ofrecimientos de canje y devoluciones que luego examinaremos, tienen esta raíz psicológica, análoga a la que siente a veces el poseedor de objetos ajenos conseguidos por el hurto. El remordimiento del acto bochornoso, revivía de cuando en cuando en el ánimo de algún escritor, político o periodista británico.

Y es que en toda la dilatada extensión de su Imperio, no tiene el Reino Unido, parcela o territorio como éste, cuyo título de adquisición se halle tan viciado y cuya permanencia bajo el yugo soberano de la *Unión Jack* suponga una intolerable afrenta para otra nación europea. Gibraltar, es una inextinguible fuente de odio contra Inglaterra que brota de las entrañas mismas de nuestro pueblo. Su valor como fortaleza habrá sido—no lo dudamos—durante los dos siglos últimos de una gran ef-

cacia para la política británica, pero el fenómeno instintivo, de que en todo diálogo cruzado hoy entre un español y un inglés se interfiera siempre como una sombra de rencor, el perfil altivo de la Roca usurpada, es a nuestro juicio el mejor testimonio de ese enorme abismo de hostilidad espiritual que separa ya desde 1704 a las dos naciones.

Un Gibraltar inglés, será como el velo apasionado que ante nuestros ojos matice obligadamente pensamientos y reacciones frente a Inglaterra y su política. En vano los rectores del *British Empire*, fieles a su inteligente y originaria consigna, pretenderán envolver una y otra vez en la Historia, la causa de sus intereses peculiares con los grandes mitos o principios de la Civilización y de la Humanidad (1). En los oídos del español insobornable, suena a vacío la declamación de estas huecas fórmulas. ¡En su carne lleva la Patria el desgarrón de tales apostóles! Se nos dice, por ejemplo, que en 1800, lucharon los marinos de NELSON por la «libertad de los mares»; medio siglo después, en el apogeo victoriano del libre cambio mercantil, por la «libertad del comercio»; en 1914, por la «libertad de los pequeños pueblos oprimidos»; en 1940, defendiendo «la civilización cristiana». El español tiene frente a tanta palabrería una sola respuesta, henchida de coraje: «¡Gibraltar!»

(1) Luigi FEDERZONI en un trabajo titulado «*Hegemony in the Mediterranean*» publicado en la revista norteamericana «*Foreign Affairs*». Volumen 14.-N.º 3, de Abril de 1936, se expresaba sobre el particular en estos términos: «England... has constantly masked her action with impersonal motivations and formulas. Sometimes, she will justify her behavior by reference to ethical principles, sufficient to counterbalance or at least reduce the weight of material interests... This phenomenon is to be observed in England's acquisition of the Mediterranean hegemony. In the seventeenth and eighteenth centuries English activity was presented as a liberating movement against oppressive and dogmatic Spanish Catholicism. During the period of the French Revolution and the Napoleonic Empire, she assumed the defense of the legitimate order in Europe. In succession, one after the other, she raised the banner of nationality; proclaimed the necessity of arresting the menacing descent of the autocratic Russian colossus towards the shores of the Adriatic and the Aegean; abetted the victory of Christian peoples against the barbarous tyranny of the Turks; made her objective in the World War the life-and-death struggle against militarism; and finally, today, promulgates the new gospel, for which she calls upon the faithful to join in a new crusade, the defense of the pacifist ideology of the League of Nations».

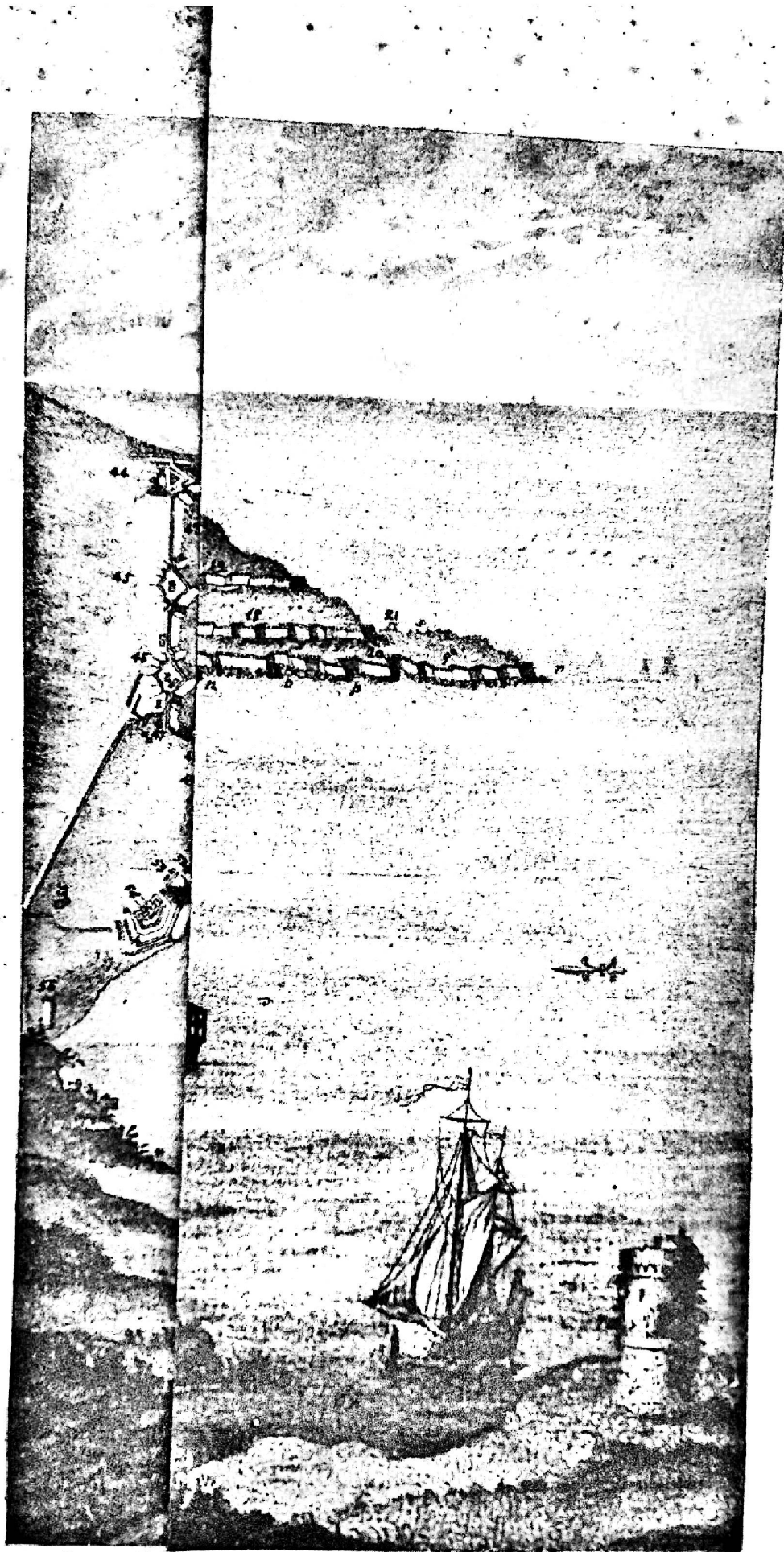
Pedimos lo que es nuestro. ¿Habrá un solo inglés que se extrañe de que la Falange reclame una parte vital del solar hispano? ¿Habrá un solo español que en la hipótesis contraria—una España poseyendo a Dover, por ejemplo—se asombrase de que los ingleses reivindicaran aquel puerto? «España confina al Sur con una vergüenza» decía JOSÉ ANTONIO. Hay que borrar el estigma, hay que limpiarlo sin dejar vestigios. Nuestro pueblo puede vivir con pobreza, nunca sin honra. Todo el honor colectivo de la Patria está comprometido por la presencia intrusa de la Gran Bretaña en el Peñón.

«¡Gibraltar, español!» no es una consigna de la prensa oficiosa, ni un *slogan* de propaganda pro-alemana como imbécilmente aseguraba hace poco a sus lectores algún diario de la capital inglesa. Surge como un clamor unánime de todas las capas populares. Es un vendaval de deseos que ardían bajo la escoria y la ceniza de los tiempos mezquinos y blandos. De pronto, al soplo de la juventud uniformada bajo la boina roja y las flechas yugadas, ha brotado el incendio patriótico. Ya no hay currinches que puedan disentir con una mueca escéptica, de la oportunidad del anhelo, o tímidos que vayan a encogerse ante el supersticioso temor de la «*Home Fleet*» y del universal dominio de la libra esterlina.

«¡Gibraltar español!», ha gritado al terminar nuestra guerra libertadora la mocedad de nuestro pueblo. E irremisiblemente, con la fatalidad de los hechos geológicos, este anhelo se cumplirá.

La bibliografía gibraltareña es abundante, especialmente del lado británico. (1) En España, en cambio, salvo

(1) En Diciembre de 1934, se publicó a expensas del «*Bureau of International Research*» de la Universidad de Harvard (E.E. UU.) el más completo de los índices bibliográficos sobre Gibraltar, que alcanza desde 1540 a 1933, debido al joven investigador Wilbur C. ABBOTT. La obra que lleva por título «*An introduction to the documents relating to the international status of Gibraltar*» (Nueva York, MacMillan) no tiene parangón de semejanza con ninguna de las publicadas en español sobre la materia. ¡Ni siquiera sobre este tema, tan vital para nuestra Patria, pudo la nacional en los años decadentes aflorar un estudio definitivo! ¡Hubo de ser un erudito anglo-sajón, quien profundizara decisivamente en la bibliografía de la Roca calpense!



Bart. e Vaz

(Historia de Gibraltar. Ignacio LÓPEZ DE AYALA)

estos últimos años, nada se escribía acerca del tema sino tal o cual folleto o monografía. Desde la obra de NAVARRETE, que tanto apasionó en su tiempo, puede decirse que hay un bache de silencio respecto al asunto, roto únicamente por el trabajo de Julián JUDERÍAS y el famoso discurso del General PRIMO DE RIVERA en Cádiz. (Nos referimos, claro es, a trabajos de índole histórica o diplomática y no a la expresión del anhelo reivindicatorio que como luego veremos, estuvo siempre vivo en el país). Lo que hay es suficiente, no obstante, para que remitamos al lector a cualquiera de las obras ya conocidas respecto al particular. Sobre Gibraltar expon-dremos tan sólo algunos aspectos complementarios con carácter esquemático ya que un intento de agotar la materia nos llevaría a dedicarla por separado un volumen expreso.

Breve resumen histórico desde la conquista inglesa

Es bien sabido que Gibraltar fué ocupado por una es-cuadra anglo-holandesa al mando del Almirante ROOKE el día 4 de Agosto de 1704, después de corto asedio. Era jefe de las fuerzas de desembarco el Príncipe de HESSE DARMSTADT, el Landgrave Jorge. Se rindió la exi-gua guarnición española, (1) al mando del viejo Don Diego

(1) La importancia estratégica de la plaza de Gibraltar era bien conocida de nuestros estadistas, incluso en los últimos tiempos del reinado de CARLOS II. aunque su estado de defensa y guarnición no correspondiera al concepto que de su valor militar para España, se tenía en las altas esferas de la Monarquía.

Así por ejemplo, en los últimos años del Rey Hechizado, habiendo arreciado los moros en sus ataques contra nuestras plazas del vecino Continente, y tomado las de Larache y Mahamora, pusieron en grave peligro la de Ceuta. Para delibera-rar sobre la forma de socorrer esta Ciudad, reunióse una Junta cuyo dictamen se discutió por el Consejo de Estado.

El maestro de campo D. Agustín de ZAVALA y ARANGUREN fué del parecer que se formase una escuadra de 20 galeras apoyada en Gibraltar como base de operaciones. El Marqués de MANCERA expuso la opinión de que se dejasen en Gibraltar 500 hombres de guarnición, porque dicha fortaleza siempre la ha considerado el ojo derecho de la Monarquía. A lo que añadió el Marqués de FRI-JILIANA explicando su voto: «el recato nunca sobra y habiendo caído solo una muy vehemente sospecha de que pueda haber armas navales en el Estrecho, si su-cediese, juzga que, según buena prudencia, deben precaverse los peligros a que des-proveído, estaría expuesto Gibraltar, cuya importancia es la que deja ponderada el anterior, y así por resguardo, aunque remoto, no hay gesto que se pueda conside-rar superfluos».

de SALINAS, haciéndolo a las que él suponía fuerzas del Archiduque de Austria, DON CARLOS, pretendiente a la Corona de España, con el nombre de CARLOS III. El Landgrave izó sobre las murallas de la Ciudad el pendón imperial, pero los ingleses, aleccionados por su Almirante, proclamaron al poco tiempo a la Reina ANA como soberana, a cuyo nombre se ocupaba la fortaleza. Se trataba, pues, de escamotear la primitiva operación militar realizada en una guerra civil—la guerra de Sucesión—a favor de uno de los bandos en lucha, reteniendo en cambio el Peñón para la insaciable rapacidad británica que iba empezando a manifestarse por todo el Universo. Es interesante comprobar hasta qué punto esta felonía se llevó a cabo en abierta contradicción con las más elementales reglas de la caballerosidad y de la corrección entre los propios aliados. En efecto; cuando se presentaban ante los muros de la Plaza las escuadras de ROOKE, el Príncipe de DARMSTADT se dirige por carta a la Ciudad asediada incluyendo otra del Archiduque CARLOS, fechada en Lisboa a 5 de Mayo de 1704 (1). En ella

(1) «A mi ciudad de Gibraltar.—Estando plenamente informado del celo con que siempre os habeis señalado en servicio de mi augustísima casa, i no dudando que lo habeis de continuar, he tenido por bien de deciros, cómo el Almirante ROOKE, general de las armas marítimas de S. M. Británica, pasando al mar Mediterráneo a otras expediciones de mi real servicio, llegará a ese puerto i os hará dar esta mi real carta, i os noticiará como yo quedo mui próximo a partir a las fronteras de este reino, i entrar en los mfs para tomar la posesión que por tan justos i debidos títulos me pertenece después de la muerte del rey Don CARLOS II mi señor i mi tío (que santa gloria haya); esperando ya de lo mucho en que siempre habeis acreditado vuestra fidelidad a mi augustísima casa, pasareis luego que venis esta mi real carta a aclamarme i hacer que todos los pueblos circunvecinos que esten baxo vuestra jurisdicción lo executen en la misma conformidad, con el nombre que todas las mis potencias de Europa me reconocen por legítimo i verdadero rei de España i con que el Emperador mi señor i mi padre me proclamó en su imperial corte, que es el de CARLOS III: asegurándoos i exenciones, inmunidades i privilegios en la misma forma que las conservé i guardé el difunto rei Don CARLOS II, mi señor i mi tío, tratándoos a vos i a todos mis amados Españoles con el amor i benevolencia que siempre habeis experimentado de la clemencia i benignidad de los señores reyes mis predecesores. Si executais lo contrario, que es lo que no puedo creer de tan fieles vasallos a su legítimo rei i señor natural, será preciso a mis altos aliados usar de todas las hostilidades que trae la guerra consigo, aunque con el extraño dolor mío de que los que amo como a hijos padezcan por que ellos quieren, como si fuesen los mayores enemigos. El mismo Almirante ROOKE lleva orden para que cuando vuelva a pasar por ese puerto, si se lo pidieris, os asista con la gente que pudiese dar si la necesitareis. Dado en Lisboa a 5 de Mayo de 1704.—Yo el Rei.—Por mandato del Rei mi Señor.—Enrique de BONGEI».

escribe el Pretendiente, con el nombre de CARLOS III, a «su ciudad» comunicándole la salida de la escuadra de ROOKE hacia el Mediterráneo y esperando que le pres-ten ayuda ya que va, en su nombre, como Rey legítimo de España y heredero de su tío CARLOS II. El Cabildo gi-braltareño rechaza la propuesta invocando su lealtad a FELIPE V (1). El Landgrave replica, a su vez, al día siguiente (2) exigiendo la rendición inmediata a D. CAR-LOS III, Rey legítimo de España. Gibraltar se entrega, pues, el 4 de Agosto al Rey de España. Ni por un mo-mento pensaron SALINAS o el Ayuntamiento de la Ciu-dad, que se rendía ésta a la Corona de Inglaterra. La ale-vosidad del arrebató era perfecta.

A mayor abundamiento, el Conde de PETERBO-ROUGH, un año después del acontecimiento, cuando lle-gaba al frente de sus escuadras a la costa catalana con ánimo de ocupar Barcelona para el Archiduque, hubo de declarar expresamente en un manifiesto «que la Reina de Inglaterra había enviado sus fuerzas a aquella región para mantener los derechos legítimos de la casa de Austria a la Corona de España y *de ningún modo para tomar po-sesión de plaza o tierra alguna* en nombre de Su Majes-tad Británica». (3) PETERBOROUGH mentía a sabien-

(1) «Excmo. Señor, habiendo recibido esta ciudad la carta de V. Exc. su fecha de hoy, dice en respuesta: Tiene jurado por Rey y Señor natural al Señor Don FELIPE V; y que como sus fieles y leales vasallos sacrificarán las vidas en su defensa así esta ciudad como sus habitantes; mediante lo cual no le queda que decir sobre lo que contiene la inclusa; que es cuanto se ofrece y deseo que nuestro Se-ñor guarde a V. Exc. los muchos años que puede. Gibraltar y Agosto primero de mil setecientos cuatros».

(2) «Excmo. Señor mío, aunque la respuesta de V. E. no es digna de las be-nignidades que asistían en mis deseos, paso a repetir a V. E. lo que en la antece-dente escribí, asegurando que mientras tiene lugar hallará la benignidad misma de lo que escribí a V. E.; pero si dentro de media hora de recibir V. E. esta car-ta, no rinde la plaza a su legítimo Rey y Señor CARLOS III, se pasará a todo rigor que mereciere la resistencia de V. E., a quien Dios guarde muchos años que puede. Del Campo delante de Gibraltar y Agosto a 3 de 1704. Excmo. Señor. B. L. M. de V. E. su mayor servidor JORGE Landgrave de HESSE».

(3) Citado por BLAKE - «How to capture and govern Gibraltar». Lon-dres, 1856.

das, once meses después de consumarse el atropello de hecho.

Todavía llegó más lejos la inverecundia de los britones. En Julio de 1705, el propio CARLOS III, que se hallada a bordo de la escuadra confederada, desembarca en Gibraltar y toma simbólicamente posesión del Reino, al pisar por primera vez tierra española. Por una ironía feroz del destino era precisamente en el trozo del suelo nacional que iba a quedar enajenado—ofreciéndose como dolorosa cicatriz de aquella estéril lucha a la consideración de los siglos sucesivos—donde el Pretendiente ejercía formalmente su derecho de soberanía. El Landgrave de HESSE había ya, para aquella fecha, salvado el Peñón de los ataques de VILLADARIAS y de la sorpresa del cábrero SUSARTE, tan comentada siempre por los aficionados al pintoresquismo histórico. TESSÉ, el Mariscal francés, había intentado también recobrar la fortaleza con un ataque frontal, llegando a coronar la muralla. Fué la última intentona importante durante la guerra sucesoria.

En 1711, al recaer en el Pretendiente, la Corona del Imperio austriaco, Inglaterra abandonó prácticamente la lucha por temor a reforzar demasiado el poderío de la casa de Habsburgo. Se afirmó entonces, en la mente de las clases directoras inglesas, el propósito de hacer definitiva la ocupación del Peñón y a este fin hubieron de encaminarse las negociaciones de paz. En Utrecht la tesis británica era cerrada, implacable. Lo que el Protector CROMWELL había sugerido ya en 1656 a su General de la Armada, MONTAGUE (1) y lo que éste a su vez re-

(1) *...Acaso sea posible atacar y rendir la plaza y castillo de Gibraltar, los cuales en nuestro poder y bien defendidos serían a un tiempo una ventaja para nuestro comercio y una molestia para España; haciendo posible además con solo seis fragatas ligeras establecidas allí hacer más daño a los españoles que con toda una gran flota enviada desde aquí, aligerando la tarea de la escuadra...*
Carta de CROMWELL a MONTAGUE, de 28 de Abril de 1656.

plicaba al dictador (1), embebidos ambos en un cordial odio a la Majestad Católica de los Reyes de España, se revelaba ahora viable. Era preciso tener un punto de apoyo para hostigar a las escuadras y al comercio de nuestra nación. El Tratado de Utrecht (2), hábilmente confeccionado por la diplomacia británica, consagra, con las importantes limitaciones que luego veremos, la ocupación de la fortaleza como precio de la cooperación mercenaria de las flotas inglesas a la lucha civil de España. ¿Quién no recuerda, al evocar este episodio, la desafortunada campaña llevada a cabo en Inglaterra durante nuestra reciente guerra de liberación en la que salía a relucir invariablemente el *ritornello* de que Italia y Alemania al ayudarnos, cobrarían su apoyo en jirones de soberanía nacional? ¿Cómo extrañarnos de que discurran así los que efectivamente luchaban por su exclusivo interés en 1704 y se adjudicaron una participación efectiva en tierra española, a pesar de que su bando era el que había perdido la guerra?

(1) «...Percibo gran deseo, entre mis colegas, de que se tome Gibraltar. Mi punto de vista respecto al particular es el siguiente: La forma más sencilla de ocuparlo es la de desembarcar en las arenas (del istmo) cortando toda comunicación de la plaza con tierra. Que las fragatas fondeen en las cercanías para proteger el desembarco y ataque. Por otra parte es bien sabido que España no aprovisiona las plazas fuertes sino para un mes. La operación requiere unos cuatro o cinco mil hombres bien adiestrados y con buenos mandos». Carta de MONTAGUE a CROMWELL, de Abril de 1656.

(2) El Artículo X del Tratado de Utrecht, dice así:

El Rey católico, por sí y por todos sus sucesores, cede por este Tratado a la corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto y las defensas y fortalezas que le pertenecen, dando la dicha propiedad para que la tenga y goce absolutamente, con el entero derecho y para siempre, sin excepción ni impedimento alguno; pero para evitar los abusos y fraudes que podría haber en la introducción de las mercancías, quiere el Rey católico, y supone que se entiende así: que la dicha propiedad se cede a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial, y sin comunicación alguna abierta con la región circunvecina de parte de tierra. Y como la comunicación con las costas de España no puede estar abierta y segura en todos tiempos y de aquí puede resultar que los soldados del presidio de Gibraltar y los vecinos de aquella ciudad se vean reducidos a grandes angustias, siendo la mente del Rey católico solo evitar la introducción fraudulenta de mercancías con el comercio de

Desde Utrecht—1713—hasta 1737 no truena de nuevo el cañón sobre la Roca. En esta fecha tiene lugar otro sitio memorable, el décimotercero de su historia. Duró el asedio cinco meses, desde Febrero hasta Junio, y dirigió las operaciones el Marqués de las TORRES, por haber renunciado al mando VILLADARIAS alegando su inesperienza anterior y su firme creencia de que la plaza era inexpugnable sin dominar antes el Océano. En Mayo comenzó el fuego violento de la artillería española que logró derribar los muros que lindaban con tierra. A poco se recibieron instrucciones de suspender la lucha por haberse entablado negociaciones de paz. Este asedio —dato singular—, se lleva a efecto sin rompimiento de relaciones con Inglaterra y desde luego sin declaración de guerra. Al suspenderse las hostilidades, MONTE-MAR, que dirigía las fortificaciones españolas, mandó construir una línea de mar a mar, rematada por los fuertes de San Felipe y Santa Bárbara, para que sirviesen de permanente amenaza y defensa del contrabando que ya se iniciaba. PORTMORE, general inglés, protestó

tierra, se ha convenido que en casos se pueda comprar a dinero de contado en la región de España circunvecina la provisión y demás cosas necesarias para el uso de las tropas del Presidio y de los vecinos y navíos que estuvieren en el puerto; pero si se aprehendieren algunas mercancías introducidas por Gibraltar ya para permuta de víveres, o ya por otro fin se adjudicarían al Fisco, y dando queja de esta contravención del presente Tratado, serán castigados severamente los culpables: Y S. M. Británica, a instancia del Rey católico, consiente y conviene en que no se permita por motivo alguno que Judíos ni Moros habiten, ni tengan domicilio en la dicha ciudad de Gibraltar y que no se dé entrada ni acogida a los navíos de guerra de los moros en el puerto de aquella ciudad, con que se pueda cortar la comunicación a Ceuta, o ser infestadas las costas españolas por los moros; y como hay tratados de amistad y libertad y frecuencia de comercio entre los vasallos Britanos y algunas regiones de la costa de Africa, se ha de entender siempre, que no se les puede negar la entrada en el puerto de Gibraltar a los moros y sus navíos que solo vienen a comerciar. Promete también S. M. la Reina de la Gran Bretaña, que a los habitantes de la dicha ciudad de Gibraltar, se les concederá el uso libre de la religión católica Romana. Si en algún tiempo a la Corona de la Gran Bretaña la pareciere conveniente dar, vender o enajenar la dicha ciudad de Gibraltar, se ha convenido y concordado por este Tratado, que se la dará a la Corona de España la primera acción, antes que a otros para redimirla.

con energía de tal construcción juzgándola contraria a lo estipulado en Utrecht y ordenó se hiciese fuego contra los zapadores. MONTEMAR, impávido, continuó la fortificación, hasta darla remate. Inglaterra no contenta con la inicua usurpación, comenzaba ya su política de mediación de nuestra soberanía en los contornos de la plaza, que luego había de proseguir con su habitual cinismo hasta límites insospechados.

El Tratado de Sevilla de Noviembre de 1729, ratifica al de Utrecht en lo que al Peñón se refiere. Después, hay medio siglo de paz en torno a la fortaleza. En la guerra de 1762, no juega papel de importancia y únicamente se vuelve a concentrar en Gibraltar la atención europea al estallar en 1770 la guerra de España y Francia contra el Reino Unido, originada por la sublevación de las colonias norteamericanas. Gibraltar y Menorca fueron los objetivos públicamente señalados por el Gabinete de Madrid a la opinión nacional como motivos de nuestra entrada en el conflicto. La isla balear fué reconquistada en una brillante campaña por las escuadras combinadas y tropas de desembarco al mando del Duque de CRILLON. Terminada aquella, el propio CRILLON pasó a dirigir las operaciones de asedio—el más famoso del siglo según opinan historiadores y comentaristas—. El gran sitio ha sido demasiado divulgado ya hasta en sus menores episodios para que insistamos sobre la efeméride, que tuvo, según podemos colegir, todas las apariencias de un gran torneo medieval o competición deportiva a la que acudieron centenares de caballeros, curiosos y aventureros de toda Europa (1). Culminó en el famoso ataque

(1) Durante este sitio ocurrió el memorable episodio naval del ataque de la Plaza por las lanchas bombarderas ideadas por el insigne Don Antonio BARCELÓ. La popularidad de este ingenio de guerra marítimo debió ser extraordinaria en toda España y muy singularmente en Levante y Cataluña, donde las hazañas de BARCELÓ suscitaron, durante toda la segunda mitad del siglo XVIII, ferviente admiración. Todavía en el año 1849, setenta años después de la efeméride, se cantaban en Cataluña canciones populares referentes al asunto, en lengua vernácula. He aquí, por ejemplo, una de estas letrillas —impresa en hoja

de baterías flotantes inventadas por D'ARÇON, cuyo fracaso significó el del sitio mismo. En 1783 se firmaba la paz de Versalles en la que, a pesar de la tenaz insistencia del Conde de ARANDA, no se logró sino el rescate de Menorca. Luego hay otro período intrascendente en la historia gibraltareña en que la plaza cobra cada día un nuevo relieve más acusado como base naval y apoyo de operaciones de la flota británica. Trafalgar fue una resultante de esta importancia estratégica del Peñón. NELSON pudo traer en jaque a la flota hispano-francesa durante muchos meses, gracias al refugio que le prestaba la sombra de la roca.

volandera—y cuyo texto nos fué amablemente facilitado por nuestro camarada el joven e insigne arqueólogo y catedrático de Historia, Martín ALMACRO.

CANSO DEN BARCELÓ

Barceló, Inglaterra
Se bol burlá de mi.
Lin declaro la guerra
Li a enbiat a di
Pero ana asitia
Al fort de gibalá

Su Magestat Real
Que tots la aben de servi
Si la causa es igual
Primer aben de mori
Que no pas recular
Del fort de gibalá

Barceló pren la guía
Per anarcen enbarca
Nit y día caminá
Pero ana asitia
Al fort de gibalá
Y al siti ba plantá

Está sinch o sis meses
Si bus ansitiat
Miranse los inglesos
Dintre de gibalá
Son sena...

Viva la flor dels mosos
Que son los fusillers
Que per parar bandera
Ells no son los primers
Y ells sempre van de van
Entre balas y sanch

Un día per desgracia
Ne estaban descuidats
Lo inglés ab sa trasa
Be per laltre costat
Portan probisio
Per la guarnicio

Barceló lo saluda
Ab lo abus y al canó
Si agues tingut ajuda
Lo balen Barceló
Los guardaba de entrar
Dintre de Gibalá

Planta una batería
Lo mes prest que pogue
De bona artillería



1808. Guerra de la Independencia. Nuevamente participa Inglaterra en una guerra sobre la Península. Esta vez apoya al Rey legítimo contra el Bonaparte intruso ¿Qué nueva factura presentará al liquidarse la contienda? Cuando las tropas napoleónicas se acercaban a la bahía de Algeciras, los ingleses ofrecen refugio en la fortaleza a las huestes españolas que se repliegan. Pero antes, claro es, destruyen, de acuerdo con éstas, las fortificaciones de La Línea. Lo que PORTMORE no logró impedir con sus cañonazos, lo consigue esta vez la trapacería cobarde, disfrazada de alianza amistosa. Uno a uno caen bajo la piqueta española los reductos de San Felipe y Santa Bárbara, las fortificaciones de la Punta del Fraile, de Punta Carnero, San García, Mirador y Punta Mala, los fortines y trincheras de Sierra Carbonera... Cuando FERNANDO VII se reinstaura en el Trono, ordena la nueva erección del sistema defensivo. Apenas comenzada la obra, el General DON, gobernador de Gibraltar, digno sucesor de PORTMORE, avisa al General español de Algeciras: «Si empieza de nuevo las obras, dispararé un cañonazo. Sino basta, dispararé otro. Si continúa la obra, largaré una andanada». Estos eran el lenguaje y la conducta de los compañeros de armas de WELLINGTON, ¡nuestro Duque de CIUDAD-RODRIGO!, al año y medio de acabarse la campaña común contra NAPOLEON.

A partir de entonces no acontecen episodios de importancia en el Peñón. La indefensión española, gradualmente establecida con amenazas y coacciones envueltas en la corrección del lenguaje diplomático, se completa con el progresivo avance de la ocupación inglesa hacia el istmo de tierra en abierta y flagrante contradicción con lo estipulado (1). Lo que en mapas ingleses se denomina «*neutral ground*» es un nuevo atentado

(1) La serie de usurpaciones territoriales intentadas o verificadas por Inglaterra en el llamado «Territorio neutral» hasta el año de 1908 está prolijamente reseñada en el folleto de Jorge de ARAGÓN «La cuestión de Gibraltar». Madrid.

a la soberanía de España. Los ingleses hacen caso omiso de los Tratados y durante todo el XIX y primeros años del XX construyen pabellones y edificios en tierra española. No contentos con ello, ejercen de hecho una vergonzosa intromisión en todo el *hinterland* circundante, inspeccionando minuciosamente nuestra flaqueza (1), para comprobar concienzudamente que seguimos siendo un pueblo militarmente castrado y en decadencia. Las visitas del Gobernador de Gibraltar a los pueblos de la bahía de Algeciras, tenían el signo más inequívoco del sometimiento colonial.

En 1859 se abre el canal de Suez. Gibraltar adquiere de nuevo gran importancia como estación de tránsito hacia el Extremo Oriente. También por aquella fecha ocurre otro acontecimiento en el arte militar: es la aparición del cañón de acero fundido y de largo alcance

(1) El exponente de más vergonzosa abyección de los hombres del bando rojo en la guerra civil española de 1936-39 fué la constante reiteración con que en las páginas de su Prensa aparecía el motivo de una supuesta o real fortificación de las alturas de Sierra Carbonera y de la Bahía de Algeciras por las tropas del General FRANCO. La sola idea de que la España nacional pudiese, apoyada en su fortaleza militar, ejercitar su normal soberanía en el contorno del Peñón, mortificado hace siglo y medio, ponía fuera de sí a estos mal nacidos. Resulta horrendo releer hoy, los sueltos y artículos editoriales que la prensa roja de Madrid y Barcelona dedicaba al tema, brindándoselos villanamente a la suscripción inglesa. Nunca pudo soñar el Reino Unido con tener tan inmundos servidores de su Imperio con apariencias y apellidos españoles. Con razón pudo escribir Lord STRABOLJI, antiguo Jefe del Estado Mayor de Gibraltar, en un artículo publicado en Septiembre de 1936 en el *Journal des Nations* de Ginebra, y refiriéndose concretamente a las garantías de indefensión española que para Gibraltar significaba la derrota de los nacionales: «Todas las honradas gentes del Reino Unido deben desear ardientemente la victoria del Gobierno legal de España ya que... los antiguos amigos seguros que siempre tuvimos en España fueron los republicanos y socialistas, es decir, los rojos de hoy.»

Esta repugnante vileza de exhibir nuestra actual potencia militar como incentivo para azuzar las pasiones antiespañolas de la política británica, se muestra también en todo su esplendor, en el reciente libro del asalariado, ALVAREZ DEL VAYO, *Freedom's Battles*, publicado en Londres en 1940. En el capítulo VI de la obra, se insiste sobre los peligros de la fortificación del Estrecho por España. DEL VAYO se rasga las vestiduras, especialmente, ante la flagrante violación del acuerdo franco-inglés de 1904, que supone el artillo de la costa cercana a Ceuta. ¡A tales extremos de bajesa había de llegar al socialismo español!

que revoluciona la técnica artillera. La fortaleza necesita remozar sus defensas (1). Desde fines de siglo adereza de nuevo sus baterías y fortines. Cuando la guerra europea estalla en 1914, Gibraltar está en situación de afrontar el peligro, en el inevitable supuesto, claro es, de una España neutral. Nada excepcional ocurre durante toda aquella contienda. Al terminarla, el Imperio se apercibe de que ha entrado en juego un arma que añade dimensiones nuevas a la antigua concepción estratégica de la guerra: la Aviación. Desde 1930 el Peñón se acondiciona lo mejor posible para resistir a los ataques del aire.

Tal es, a grandes rasgos, la historia de la españolísima ciudad de Gibraltar desde que fué ocupada por un príncipe alemán en nombre del Rey de España, una mañana de Agosto de 1704, y usurpada después, temporalmente, por Inglaterra, en un gesto de desenvuelta piratería; usurpación que sigue disfrutando hasta el momento de escribir estas líneas.

Perfil espiritual de la ocupación británica

En 1502 unía ISABEL LA CATÓLICA la ciudad de Gibraltar a la Corona de Castilla. Tuvo la Reina gran empeño en incorporar el Peñón a los Estados Reales. La fortaleza había sido reconquistada definitivamente a la morisma en 1462, habiendo pasado por diversas

(1) Desde esta fecha el Estado Mayor británico empieza el estudio de un nuevo plan defensivo de Gibraltar, en la hipótesis de una España hostil y que consiste en la inmediata ocupación de las alturas circundantes, previamente demanteladas por la coacción británica en tiempo de paz. Este plan se comentó públicamente en la Gran Bretaña siendo discutido en revistas técnicas con extrema minuciosidad.

Esta tesis continúa teniendo mantenedores de relieve hasta el día de hoy. En Abril de 1939 pronunciaba, por ejemplo, el ex-Gobernador de Gibraltar, Sir Charles HARRINGTON, en el curso de una conferencia en la «Royal Empire Society», de Londres, las siguientes frases: «En la pasada crisis de Septiembre estábamos totalmente impreparados en Gibraltar. Teníamos solamente cuatro cañones anti-aéreos... Del lado de España había el peligro de que FRANCO se aliara con HITLER y MUSSOLINI... La mejor solución para nosotros sería apoderarnos del territorio español en un perímetro de 25 millas (40 kilómetros) a la redonda, de la fortaleza.»

vicisitudes antes. La retuvo en señorío el Duque de MEDINA SIDONIA, surgiendo disputas varias respecto a su derecho posesorio. La gran Reina ISABEL juzgó necesario poseerla directamente, percatada de su importancia militar y estratégica.

Desde entonces, la ciudad, rápidamente poblada por españoles del mejor linaje —entre sus apellidos de origen originaria aparecen en 1704, al dispersarse éstos por la ocupación inglesa, todos los grandes nombres de la reconquista andaluza— adquiere un doble aire de fortaleza y de monasterio. No se ha insistido bastante sobre este carácter del Peñón durante los siglos xvi y xvii. Gibraltar tiene algo de lugar devoto y religioso. Era por otra parte lógico, habida cuenta del sentido espiritual de la Reconquista, gran cruzada del catolicismo contra el infiel (1). El promontorio, límite meridional del solar hispano, tenía forzosamente que afirmar su reincorporación a la cristiandad, acentuando su sentido creyente. Al ocupar los caballeros de Alonso de ARCOS, la ciudad, las mezquitas, según costumbre, se transformaron en Iglesias y bajo sus cúpulas se dió inmediatamente culto al Dios verdadero.

En Gibraltar había varias mezquitas durante el dominio árabe: una de ellas, edificada sobre el extremo Sur de la península, fué consagrada por los cristianos al culto de la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de Europa. Era el exponente del fervor mariano de la Reconquista, proyectando su ímpetu entusiasta hacia las aguas del Estrecho. Pronto, la advocación comenzó a popularizarse entre la gente de mar. Al cabo de un siglo, no había galera, fragata o navío cristiano que al cruzar por aquellos parajes no saludara con salvas la imagen venerada, cuya fama de milagrosa se extendió por todos los

(1) El conquistador de Gibraltar a los moros, Don Alonso de ARCOS, se halla enterrado en la Cartuja de Sevilla y su sepulcro lleva la siguiente inscripción: **AQUI YACE SEPULTADO EL HONRADO CABALLERO DON ALONSO DE ARCOS, ALCAIDE DE TARIFA, QUE GANÓ A GIBRALTAR DE LOS ENEMIGOS.**

contornos. Nuestra Señora de Europa fué a los pocos años un lugar de peregrinación concurrido. Según refiere PORTILLO (1), los generales de la Real Armada regalaron al Santuario magníficas lámparas de plata con renta perpetua de aceite a fin de que alumbrasen ininterrumpidamente a la Madre de Dios. Andrea DORIA, regaló una en 1568, en memoria de su victoria sobre los turcos. Fabricio COLONNA, otra, hacia 1580. El Conde de SANTA GADEA y Don Pedro de TOLEDO, Duque de FERNANDINA, sendos candelabros de metal precioso. Era, en suma, una iglesia conocida en toda la Cristiandad, que proclamaba bien alto el sentido transcendental que supo dar siempre España a su destino histórico, llevando a los confines de su territorio y a las encrucijadas del ancho mar, que dominaba, su explícita profesión de fe.

No era ésta la única iglesia de Gibraltar. Había bastantes más. AYALA (2) enumera la iglesia mayor, fundada por los Reyes Católicos sobre un antiguo edificio morisco; tres monasterios de religiosos y uno de monjas, aparte de una multitud de santuarios, capillas y ermitas: Muchas de ellas pertenecían a cofradías piadosas que celebraban cultos de gran solemnidad. Una romería muy popular en los alrededores, era la de la ermita de San Roque, situada tierra adentro, pero dependiente del cabildo de la ciudad. Celebrábase el 16 de Agosto, fecha inmediata a la Asunción de Nuestra Señora, y ambas fiestas, daban ocasión a una gran manifestación de fervor.

La ocupación inglesa tuvo un rotundo carácter de sacrilegio deliberado y de blasfemia. Ya de antemano, tenían bien ganada su fama de herejes, los británicos, en aquellas regiones. El saqueo de Cádiz en 1625, por ejemplo, y las innumerables tropelías cometidas por la tropa anglosajona en edificios religiosos y en personas indefensas en aquella ocasión, perfilaron con indelebles tra-

(1) HERNANDEZ DEL PORTILLO, citado por MONTERO.

(2) AYALA, *Historia de Gibraltar*, 1782.

zos la configuración moral de los soldados de Su Graciosa Majestad. En Tánger, durante los veinte años de su ocupación—de 1662 a 1683—, los ingleses se destacaron asimismo por su odio anticatólico (1) destruyendo las iglesias, persiguiendo a las gentes de nuestra religión,—portugueses en su mayoría—, y encarcelando finalmente a los frailes dominicos y franciscanos, en la catedral, habilitada como prisión. En Gibraltar no hicieron sino confirmar su reputación desdichada. Apenas ocupada la ciudad e izado el estandarte de la Reina ANA, dió comienzo la persecución anticatólica. Todas las iglesias, ermitas y conventos fueron saqueados y profanados bárbaramente. A pesar de las condiciones de la capitulación en que expresamente se consignaba el respeto a la religión de sus moradores, el furor protestante de los soldados y marinos de ROOKE, no reconoció freno ni límite. El Santuario de Nuestra Señora de Europa fué objeto de una refinada destrucción (2). Todos los objetos de cultos fueron quemados o arrojados al mar; y la venerada imagen de la Virgen de Europa brutalmente profanada (3), siendo degollado el Niño por un oficial inglés borracho. Las escenas, de un sadismo antirreligioso frenético, iconoclasta, son el más directo antecedente del vandalismo rojo que en España iba a manifestarse en toda su pujanza en 1936, bajo la protectora tutela de Inglaterra. Solamente el templo parroquial de Santa María, logró salvarse del salvajismo protestante gracias a la entereza del Párroco, Don Juan ROMERO DE FIGUEROA que se hizo fuerte y permaneció en él, arrojando el frenesí de los recién llegados. Gracias a

(1) Cfr. Fernando CARRANZA, *Estudios Históricas sobre las provincias de Yebala y el Rif*, pág. 100 y s. s.

(2) Existen hoy día restos desmantelados, del primitivo Santuario. Los ingleses británicos destinaron el edificio a cuartel y almacén, oponiéndose a todo intento de restablecer de nuevo el culto a Nuestra Señora.

(3) En la actual capilla del Convento de las Hermanitas de los Pobres, de Gibraltar, se venera una imagen de la Virgen, que según tradición, es la misma que se venera en el antiguo templo de Nuestra Señora de Europa.

este sacerdote, conservamos buen número de noticias de lo ocurrido en la Plaza en los primeros años de la ocupación, pues el resto de los pobladores, como es bien sabido, al contemplar el bochornoso espectáculo prefirió emigrar en masa, trasladándose a la ermita de San Roque, a cuyo derredor se estableció, fundando la actual ciudad de San Roque «en la que reside la de Gibraltar» según reza el sello municipal originario.

Este carácter anticatólico iba a perdurar en los años siguientes. Ya un capellán protestante que acompañaba a las primeras guarniciones, el Reverendo Thomas PO-COCK, consignaba en su diario, en tono despectivo y con evidente satisfacción, que la iglesia consagrada a Santa Europa (*sic*) «a la que saludaban al pasar con salvas de artillería, los navíos papistas, había sido desmantelada», gloriándose, por lo visto, de que el confín meridional del Continente no estuviera ya bendecido por la imagen sagrada. En cuanto a las iglesias y conventos, se destinaron a diversos usos: en San Francisco, instaló su residencia el Gobernador; el convento de Santa Clara fué convertido en almacén de Intendencia; el de San Juan de Dios, en cuartel; el de la Merced, en residencia del Almirantazgo. El Gobernador prohibió al cura de Santa María, única iglesia abierta al culto, el toque de campanas «porque le molestaba», según decía el oficio correspondiente.

Después de la paz de Utrecht, en 1723, D. Juan ROMERO, que había salvaguardado numerosas imágenes, alhajas y documentación eclesiástica, fué sacando cuanto pudo de la plaza, valiéndose de mil ingeniosos ardides. El desfile de las estatuas piadosas duró varias semanas, llegándose a trasladar un San José a lomos de caballo, fingiendo era un jinete. Aquella procesión siniestra y trágica tenía algo de honda significación simbólica. MENENDEZ Y PELAYO tuvo razón al exclamar que Gibraltar «fué la primera tierra libre en que libremente imperó la herejía, ofreciendo fácil refugio a todos los disidentes de la Península de los siglos XVIII y XIX y centro estratégico de todas las operaciones de la propaganda anglo-protestante».

Todavía en 1782, durante el gran sitio, se producen otros hechos igualmente parecidos y repugnantes. DRINKWATER, oficial inglés que nos dejó un minucioso relato del asedio, (1) cuenta, cómo en pleno bombardeo español de la fortaleza, descubrieron unos soldados escoceses una imagen de Nuestra Señora entre las ruinas de una ermita derruida. Inmediatamente se formó un Consejo de Guerra compuesto de soldados del batallón que condenó a la imagen al cepo, a donde fué conducida en medio de gran algazara. DRINKWATER nos refiere también los fundamentos de la sentencia que son el manido de atrocidades protestantes habituales que no reproducimos por respeto al decoro del lector y de la lengua castellana. Este era el espíritu que animaba a la guarnición de Lord ELLIOT. El parangón literal con el de las Brigadas Internacionales de la guerra española, se hace inevitable.

Al mismo tiempo, empieza a convertirse Gibraltar en un centro de contrabando en gran escala. A fines del XVIII, se amontonan ya en su caserío los más abigarrados tipos de la pillería y del hampa internacionales. Aventureros de cualquier país, estafadores, traficantes ilícitos, conspiradores, delincuentes comunes, todo se arremolina en las estrechas calles de la vieja Calpe. El tono moral de Gibraltar, después de un siglo de anticatolicismo práctico, es ínfimo. A los propios ingleses les parece vergonzoso aquél antro. Un escritor británico contemporáneo pudo escribir: «Durante los doscientos años que ocupamos esta ciudad, la hemos convertido en refugio de contrabandistas, gitanos, vagabundos, maleantes de toda especie, conspiradores españoles, una verdadera *«sentina gentium»* (2).

Gibraltar es, además, como ya denunció MENENDEZ Y PELAYO, el centro de la propaganda anglo-protestante. El Obispo anglicano de Gibraltar es aún hoy día la cabeza de la raquítica Iglesia protestante de España.

(1) John DRINKWATER, *«History of the siege of Gibraltar»*. L. 1786.

(2) Frederic HARRISON, *«Positivisat Review»*, n.º de Octubre 1917.

ña (1). Del Peñón salen en el siglo XIX todas las expediciones encaminadas a sembrar de Biblias clandestinas la Península y entre ellas la más famosa de «Don Jorgito el inglés»—el popular Jorge BORROW, que se llamaba a sí mismo «lagartija de la Roca»—(2). En Gibraltar se funda también a mediados del siglo XVIII, a los pocos años de la ocupación, la primera logia masónica en tierra española (3). Más afortunados en su propagación que los luteranos, los franc-masones, consiguen sembrar de logias y triángulos toda la costa de Andalucía. La razón que explica la extraordinaria floración de la secta en aquella parte de España, infinitamente superior en densidad a cualquier otra comarca, debe buscarse fundamentalmente en la irradiación gibraltareña. Los que hoy afirman en sus propagandas defender con ahinco la civilización cristiana en Europa, barrieron sin embargo en aquel trozo de nuestro suelo hasta el último vestigio de la fe católica y sustituyeron el signo universal de la Cruz, bajo el que se aglutinó la nacionalidad española, por el torvo compás y la fría escuadra del estúpido rito escocés. Tampoco es éste el menor de los agravios que España recibió con la ocupación británica del Peñón.

Un análisis detallado de esta labor sinuosa de infiltración disolvente, hecha por los usurpadores, nos llevaría fuera de los límites de este trabajo. Recordemos solamente para terminar, que al ser deportado Don Francisco GINER DE LOS RIOS, por CANOVAS, al negarse

(1) La jurisdicción episcopal protestante del Obispo de Gibraltar es muy extensa, abarcando territorios del Sur de Francia, la totalidad de Italia, Grecia y parte de Turquía.

Véase «*The Diocese of Gibraltar*», Henry J. C. KNIGHT, Londres, 1917.

(2) Véase BORROW «*The Bible in Spain*».

(3) Esta logia fue establecida en fecha desconocida, subdividiéndose luego en otras varias a comienzos del siglo XIX. La institución masónica fue creciendo en importancia, ocupando desde 1925 un gran edificio en la llamada Cornwall Parade, precisamente sobre el antiguo emplazamiento de una Iglesia católica española.

Véase «*Gibraltar Under Moor, Spaniard and Britons*», por el Major General E. R. KENYON, Londres 1938, apéndice 2.º.

como catedrático a prestar testimonio de fidelidad a la Religión y a la Monarquía, fué reiteradamente invitado por elementos ingleses a fundar una «Universidad española libre» en la ciudad de Gibraltar, que hubiera sido como un anticipo de la «Institución», bajo el manto protector del Imperio británico. La iniciativa no prosperó por negarse GINER a secundarla.

El rescate de Gibraltar

La idea de rescatar a Gibraltar de manos británicas ha sido un *leit-motiv* constante de la política española, que resuena con fuerte acento durante el siglo XVIII, amenguando después en los siglos XIX y XX. Queremos recordar aquí, sin excesivos agobios de bagaje erudito, algunas de estas gestiones.

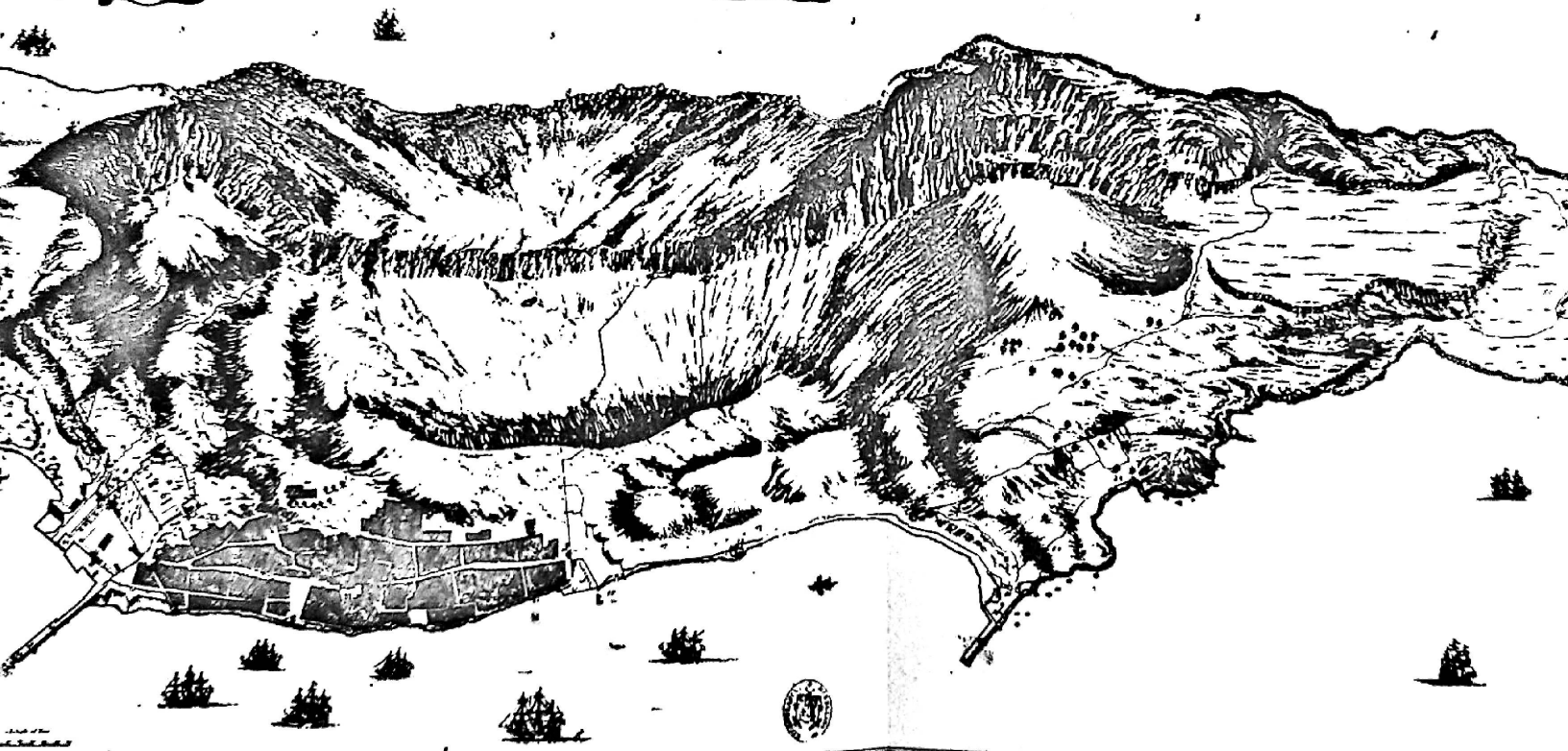
FELIPE V no tuvo, puede decirse, otra obsesión que el rescate de Gibraltar. «Como con espinas en los pies habremos de vivir los españoles mientras Menorca y Gibraltar continúen en poder de Inglaterra», exclamaba después del Tratado de Utrecht. Aún las cláusulas que este Tratado contiene en su artículo X, que luego examinaremos, están con toda previsión incluidas por la voluntad expresa del Monarca. En 1718, a instancias de ALBERONI, emprendió FELIPE V las campañas de Cerdeña y Sicilia, consiguiendo brillantes éxitos. Pronto habíamos, sin embargo, de tener a toda la Europa coaligada en la Cuádruple Alianza frente a nosotros. El Embajador de Francia en Madrid, Marqués de NANCY, y el plenipotenciario inglés enviado al efecto, STANHOPE, trajeron instrucciones respectivas de sus Gabinetes con objeto de ofrecer a FELIPE V la restitución de Gibraltar bajo determinadas condiciones y a cambio de que suscribiera el acuerdo de la Cuádruple, desistiendo de la aventura italiana. NANCY ofrecía, en nombre del Regente de Francia, su mediación para conseguir la cesión de la Plaza y STANHOPE estaba autorizado para sugerir vagamente la idea, grata al Rey de Inglaterra JORGE I. de una devolución con contrapartida.

An exact PLAN of the Town and Hill of GIBRALTAR
and of the Ground call'd Europa Point

*Having the extent of Lines as far as the Point of Europa, and where the Number of
the Town and Hill of Gibraltar shall be drawn, and the Number of the Town of Gibraltar shall be
drawn, and the Number of the Town of Gibraltar shall be drawn, and the Number of the Town of Gibraltar shall be drawn.*

PLAN exact de LA VILLE et MONTAGNE de GIBRALTAR
Et Terrein appelle la Pointe d'Europe

*Montrant l'Etendue de la Ville et de la Montagne de Gibraltar, et la Pointe d'Europe, et le Nombre
de la Ville et de la Montagne de Gibraltar, et la Pointe d'Europe, et le Nombre de la Ville et de la Montagne de Gibraltar, et la Pointe d'Europe.*



La gestión fracasó por exceso de confianza de ALBERONI en el triunfo. Al poco tiempo hubimos de pedir la paz frente al poderío militar de los aliados y la situación moral de nuestros plenipotenciarios era totalmente distinta. En las primeras negociaciones, FELIPE V, utilizando los anteriores ofrecimientos de NANCÉ, pidió al Regente interpusiera su valimiento cerca del Gabinete de Londres. STANHOPE no parecía tampoco ser demasiado opuesto a la cesión siempre y cuando la compensación de la fortaleza fuera sustanciosa. La opinión pública inglesa, reaccionó en cambio con furor. Hubo gran revuelo fuera y dentro del Parlamento, sobre todo al barruntarse que el propio Rey se hallaba inclinado al abandono. Se publicaron folletos y manifiestos(1). STANHOPE insistía sin embargo esperando obtener grandes concesiones en América española. Por fin, envió el Regente de Francia a MAULEVRIER, como enviado extraordinario a la Corte de Madrid, logrando que FELIPE V depusiera su actitud intransigente a cambio de incluir un artículo secreto(2) —anejo al Tratado de alianza defensiva de ambas Coronas— en que el Regente muéstrase dispuesto a interceder con sus buenos oficios cerca del Rey de Inglaterra. Éste, a su vez, hubo de enviar a FELIPE V una memorable carta en la que promete (3) solemnemente res-

(1) La correspondencia de STANHOPE con SCHAUB es muy reveladora del ambiente público inglés en torno a este episodio.

(2) El texto del artículo era el siguiente:

«Continuará S. M. Cristianísima sin interrupción sus oficios los más activos para empeñar al Rey de la Gran Bretaña a restituir cuanto antes fuere posible a S. M. Católica la plaza de Gibraltar y sus dependencias, y no desistirá de su demanda hasta que su dicha Majestad Católica haya obtenido una entera satisfacción sobre este punto, bien sea por la efectiva restitución de la dicha plaza, o bien por la seguridad de que queda satisfecho de que se le restituirá a plazo fijo y determinados.

(3) Carta del Rey JORGE I de Inglaterra al Rey FELIPE V, ofreciendo la restitución de Gibraltar: «Señor mi hermano. He sabido con extrema satisfacción por medio de mi Embaxador en esa Corte, que V. M. está por fin en la resolución de quitar los obstáculos que por algún tiempo han dilatado el entero cumplimiento de nuestra unión: Y respecto de que por la confianza que V. M. me manifiesta,

tituir la Ciudad de Gibraltar con el consentimiento de su Parlamento. Ambos documentos, el de ORLEANS y el de JORGE I, dan la impresión de una hipocresía franco-inglesa combinada para engañar al débil FELIPE V, y aplacar su amor propio. Es interesante destacar, sin embargo, la explícita promesa de devolución a su legítimo dueño que el Rey de Inglaterra estampa en un documento oficial, prueba del íntimo convencimiento que abrigaba respecto a la ilegalidad de su adquisición, ya que se *habla en ella de restitución, pura y simple, sin compensación de ninguna especie.*

El incumplimiento de ambos compromisos juntamente con el afanoso interés de la Reina, echaron, a FELIPE V en brazos del Emperador de Austria, su antiguo enemigo. RIPERDÁ, negoció la alianza secreta aunque luego su indiscreción lo echara todo a rodar. El Gabinete de Londres tuvo conocimiento de lo pactado y al saber que el móvil principal del acuerdo hispano-austriaco era el rescate de la Plaza, pidió explicaciones a Madrid. La Cámara de los Lores, a su vez, solicitó se le mostrara el texto de la famosa carta de JORGE I a FELIPE V, tomando por unanimidad la decisión de exigir del Rey de España el abandono definitivo de sus pretensiones sobre aquella fortaleza. Entonces tuvo lugar el treceavo sitio del Peñón. Por último, en Noviembre de 1729, se firmó la paz de Sevilla, que dejó las cosas como estaban en Utrecht.

Al discutirse la paz de Aquisgran, en 1748, el enviado de España, Don Melchor de MACANAZ, volvió a insistir sobre la restitución de la Plaza, pero su discurso cayó en el vacío. Más importante fué la doble sugestión ofrecida al Gobierno de Madrid en 1757, a raíz de la guerra franco-inglesa, por uno y otro contendiente, con objeto de atraerse a España. Francia había ocupado Menorca,

otros, y que por consecuencia se habrán ampliado los instrumentos necesarios al comercio de mis súbditos, no me detengo ya en asegurar a V. M. mi prontitud a satisfacerle por lo que mira a la restitución de Gibraltar, prometándole que me da mi Parlamento.

arrojando a los ingleses de la Isla y se la ofreció a FER-
NANDO VI a cambio de la alianza ofensiva, comprome-
tiéndose a luchar por el rescate de Gibraltar. El Gabine-
te era anglófilo y estaba dirigido por Ricardo WALL,
francés de nacimiento pero irlandés de origen y dócil a
las insinuaciones del embajador de Saint James. Era el
que había sucedido al gobierno de ENSENADA (1) cuan-
do éste cayó víctima de la intriga británica. Esto hizo
que España no diese oídos a la propuesta francesa y
escuchara la inglesa que le ofrecía por sugerencia del
ministro CHATHAM, la devolución de la plaza de Gi-
braltar siempre que ayudásemos a Inglaterra a recon-
quistar Menorca. La propuesta era absurda y no pros-
peró.

CARLOS III hizo de Gibraltar y Menorca los dos ob-
jetivos más inmediatos de su política europea. En la
«Instrucción Reservada» (2) se revela hasta dónde lle-
gaba respecto a Gibraltar la minuciosa previsión del
agudo Soberano. En cuanto a Menorca sabido es que su
patriótica tenacidad se vió recompensada con el éxito.

En las negociaciones de paz que dieron fin a la gue-
rra de 1779-1783, hubo acaso la máxima posibilidad para
el rescate, en forma de negociación. Gibraltar era el ob-
jetivo ambicionado por FLORIDABLANCA y por nues-
tro representante en Versalles, Conde de ARANDA. Hu-
bo un sin número de cabildeos y de combinaciones en
torno al asunto—prolijamente historiados—pero final-
mente tuvo que inclinarse nuestro Plenipotenciario ante
el apremio francés de que la paz se firmara enseguida y

(1) El Marqués de la ENSENADA tuvo siempre muy presente la recupera-
ción de Gibraltar. Apenas entrado en el Ministerio escribía estas palabras: «La
restitución de Gibraltar es cuerda delicada para que se toque en el día. Un estu-
diado silencio convendrá más a unos y otros, y el obviar por nuestra parte que no
se introduzca cláusula ni expresión en lo que se conviniese, que estorbe en ade-
lante a los fundamentos que se podrán deducir para reclamarla, cuando se halle
la Monarquía con el vigor que no será difícil que cobre en pocos años de tran-
quilidad y aplicaciones.

(2) «Instrucción reservada para dirección de la Junta de Estados publicada
por D. Andrés MURIEL.

la terquedad inglesa empeñada en no entregar la Plaza. Hubo, es cierto, una interesante disyuntiva de origen británico que tenía en Lord SHELBORNE su mejor abogado, para compensar la eventual cesión de Gibraltar con el traspaso a Inglaterra de las Antillas. Pero, ya para entonces la opinión inglesa, y singularmente la parlamentaria formaba un bloque unánime opuesto a la cesión. Lo que en 1727 fue una escaramuza, se hubiera convertido a la sazón en una tempestad deshecha. El gran sitio y la fuerte resistencia del general ELLIOT, (1) habían comenzado a forjar la leyenda del *Gibraltar inexpugnable*, tan extendida después en el ánimo del inglés medio y aún de la opinión pública europea. Gibraltar adquiría categoría de símbolo. FOX, el gran orador, se expresaba a fines de 1782, en la Cámara de Representantes frente a los pocos que aún dudaban, de esta manera: «Un Ministerio, con buen juicio, siempre necesitará Gibraltar para separar Francia de Francia, España de España, y de las otras naciones entre sí. La plaza de Gibraltar constituye una de las mejores posiciones inglesas. Gibraltar nos presta mucho prestigio ante las demás naciones. Gibraltar garantiza nuestra supremacía y nos facilita el poder poner a las otras en trances apurados. Dad Gibraltar a España y el Mediterráneo será un lago en el que se podrá negociar y navegar por cualquiera. Entregad Gibraltar, y los Estados de Europa que están a orillas del Mediterráneo no esperan ya de vosotros la libre navegación de ese mar. Y si no lo podeis utilizar, no espereis ninguna alianza».

Todavía quiso FLORIDABLANCA, en las postrimerías de su valimiento, intentar hacia 1786 un canje de Gibraltar por Puerto Rico y Caracas, pero el propósito embarrancó en la indiferencia inglesa. GODOY fué el último político español del siglo que intentó el rescate al pactar en San Ildefonso las bases de la Alianza franco-española con el Directorio revolucionario. Ofrecíamos

la Luisiana a Francia en caso de haber obtenido la restitución de Gibraltar. Perdimos, sin embargo, años después la primera, y no se habló siquiera de la segunda en las negociaciones ulteriores de paz. Tal fué el resultado de nuestra última alianza francesa, amén de la derrota de Cabo San Vicente, en la que se inicia el hundimiento de nuestro poderío naval. (1)

En 1805 aconteció la batalla de Trafalgar. Allí quiebra en realidad nuestro Imperio que sobrevivía difícilmente. Trafalgar es la victoria que consolida definitivamente el mito de Gibraltar en la opinión inglesa. A partir de esta fecha, ningún político británico, con la excepción del liberal COBDEN, vuelve a sugerir seriamente la cesión de la Roca, hasta fines del XIX en que se habla del canje por Ceuta. (2)

Después de la Independencia, empieza la etapa vejatoria más vergonzosa. Somos una nación de tercera clase para la mentalidad de los *highbrows* de la City, y nuestras modestas exigencias son contestadas displicentemente. Un autor inglés, nada sospechoso, por cierto, de afecto hacia España, ha podido escribir en 1939: «Durante todo el siglo XIX, las autoridades británicas de Gibraltar, estaban habituadas a considerar a España como si fuera una insignificante y desordenada República sudamericana, condenada a sufrir periódicas revueltas y motines». (3) A este concepto respondía sin duda la creciente altanería con que Inglaterra iba extendiendo su fiscalización prohibitiva por la bahía de Algeciras como antes exponíamos.

(1) Véase Julián JUDERÍAS «Gibraltar. Apuntes para la historia de la pérdida de esta Plaza.... De las negociaciones entre España e Inglaterra referentes a su restitución». Madrid, 1915.

(2) El propósito británico del canje de Ceuta dió lugar a encontradas reacciones por parte de nuestra opinión pública. El Coronel español de ingenieros N. CHELL, publicó en 1873 el folleto titulado «Engrandecimiento de Ceuta. Desamortización de Gibraltar», oponiéndose al proyecto.

(3) G. T. GARRATT: «Gibraltar and The Mediterranean», Londres-1959.

COBDEN —dijimos—, fué el único político destacado que tuvo la honradez de declarar los motivos indefensables que justificaban la persistencia del pabellón inglés sobre el Peñón; pero era más una razón de política interior en su radical oposición al conservatismo, lo que le hacía expresarse así. Más lejos fué su colega, el liberal de izquierda, Mr. BRIGHT, quien llegó a decir que: *«Inglaterra tomó posesión del Peñón sin hallarse efectivamente en guerra con España y lo retiene actualmente contra todos los principios de la moral...»* No obstante, al subir GLADSTONE al poder, se apresuró a desmentir formalmente el rumor de que su colega el Sr. BRIGHT hubiese hecho ninguna clase de promesas para ceder Gibraltar a España. (1).

Los progresos de la artillería, hicieron se plantease de nuevo la cuestión del peligro de una España hostil. En Inglaterra comenzó a agitarse la opinión en torno al asunto y algunos escritores hablaron del intercambio con Ceuta. En el *«Spectator»* hubo un editorial favorable al canje (2) y el Capitán WARREN y el General CREASE opinaban fervorosamente por la permuta. En la *«Fortnightly Review»* se publican dos artículos, en 1893, partidarios también de la idea. El General GREY, secretario de la Reina VICTORIA, hablaba en cierta ocasión de la total inutilidad de Gibraltar dado el alcance de la moderna artillería. Sin embargo, el Gobierno británico, no llegó a tomar la cosa en serio. En 1884, BALFOUR, preguntaba a GLADSTONE si había tomado alguna resolución encaminada a restituir la fortaleza a España. GLADSTONE lo negó con energía. La tradición del Gibraltar inglés, exponente del Imperio victoriano, era demasiado fuerte en liberales o conservadores para decidirse a negociar una cesión.

Los tímidos intentos españoles, son en aquella época objeto de una despectiva y amenazadora respuesta. SAGASTA, al ocupar la cartera de Estado, con motivo

(1) Debate del Parlamento británico de 22 de Marzo de 1870.

(2) *«Is Gibraltar worth keeping?»* — Londres 1883.

del triunfo de la Revolución de Septiembre, inicia una gestión que respondía bastante bien al ingenuo estado de espíritu de los liberales de la época, que suponían que la liberal Inglaterra, no tendría inconveniente en devolver Gibraltar a una España desprovista de Borbones. «*Gibraltar to bourbonless Spain*», es el título de un folleto publicado en Londres durante esta época. En nuestra Patria, los libros de BENJUMEA, MONTERO y TUBINO, así como numerosos folletos anónimos, habían vuelto a despertar el interés por la cuestión. SAGASTA, pues, ordenó a RANCÉS, Embajador de España en Londres, que planteara el asunto al Gobierno británico. «Gibraltar es una espina que llevamos clavada en el corazón; no debemos continuar más tiempo con ella; el amor a la Patria lo exige», escribía Don Práxedes. RANCÉS, no obstante, no las tenía todas consigo; suponía que el desaire iba a ser definitivo. A pesar de ello SAGASTA insistió tozudamente para que nuestro Embajador hablara del asunto con CLARENDON, Sub-secretario de Negocios Extranjeros. El Conde de ROMANONES (1) comentarista del episodio, escribe: «Fueron tan desabridos los comentarios que escuchó que no le dejaron ánimos para acordarse siquiera de que Gibraltar existía». Suponía el cándido jefe liberal que la izquierda inglesa dirigida por BRIGHT y sus amigos apoyarían la propuesta. Pero no encontró el menor eco en aquellos elementos.

SAGASTA, por otra parte, hizo declaraciones a los periodistas madrileños insistiendo en el tema. En la Cámara de los Comunes se tomó el asunto a broma, poniendo en ridículo al flamante Gobierno revolucionario y a sus ilusorias esperanzas en la generosidad británica.

Don Segismundo MORET, intentó, como Ministro plenipotenciario en Londres, en 1873, reclamar enérgicamente por los abusos cometidos en el istmo de tierra y contra la progresiva irrupción de la edificación británica en suelo español (2).

(1) «*Sagasta e el Político*», Madrid, 1930 (pág. 113).

(2) Nota de 20 de Octubre de 1873 a Lord GRENVILLE

La respuesta fué, según relata ROMANONES (1) que en vez de poner 'nosotros limitaciones a Inglaterra, nos las imponía ella a nosotros, y en forma tan vejatoria, que impresionaron profundamente a Don Francisco SILVELA, a la sazón Ministro de Estado.

En 1899, a instancia de Inglaterra y de su embajador en Madrid, Sir Eric DRUMMOND, se nos propuso que garantizásemos la no fortificación de Sierra Carbonera y las demás alturas circundantes a cambio de asegurarnos el apoyo de Inglaterra. Era en realidad un reconocimiento, de hecho, de nuestra indefensión mediatizada. El Gabinete de Madrid, flaco y pusilánime, dió todas las seguridades exigidas sin conseguir nada a cambio, pues se temía la ruptura anglo-francesa a causa de Fachoda. Poco después, en 1905, Lord LANDSDOWNE, Ministro de Negocios Extranjeros, propuso a nuestro Ministro de Estado, Marqués de VILLAURRUTIA, un proyecto parecido. El propio VILLAURRUTIA (2) lo refiere así: «La primera idea de lo que fué después el llamado *Pacto de Cartagena* la propuso Lord LANDSDOWNE, Ministro de Negocios Extranjeros, en 1905, en la conferencia que con él tuve en el Palacio de Buckingham, donde me hallaba alojado como Ministro de Estado que acompañaba al Rey de España. Díjome Lord LANDSDOWNE que *para que los marinos (3) pudieran dormir tranquilos y dejar tranquilo al Foreign Office respecto a Gibraltar, se le había ocurrido que podríamos llegar a un acuerdo en virtud del cual Inglaterra y España se garantizarían mutuamente la posesión de sus dominios mediterráneos; es decir, que España garantizaría a Inglaterra la posesión de Gibraltar, que no a otra cosa aspiraba Inglaterra, y ésta garantizaría a España*

(1) «Moret y su actuación en la política exterior de España» — Madrid 1921.

(2) Marqués de Villaurrutia, «Política Diplomática», Madrid, E. Bataillon, 1923, p. 137.

(3) Los marinos ingleses.

la posesión de las islas Baleares y la de sus plazas de Levante, en caso de guerra. El descaro inaudito llegaba en esta ocasión a sus límites más refinados.

Al comenzar la guerra europea de 1914-18 volvió a ponerse sobre el tapete la cuestión del rescate del Peñón. Don Eduardo DATO, intentó negociar la cesión de Gibraltar y de Tánger simultáneamente, a cambio de nuestra neutralidad, ya declarada. La respuesta franco-inglesa fué negativa y concorde. Ambas potencias *estimaron que España era demasiado débil para dejar en sus manos plazas de tan gran valor estratégico.* Por su parte, el príncipe de RATIBOR, ofrecía dejar a España manos libres en el asunto de Gibraltar con tal de conseguir una inclinación del país a la causa de los Imperios centrales (1). Al terminar la contienda, ROMANONES se apresuró a rendir homenaje de pleitesía a los aliados vencedores y al Presidente WILSON, intentando sacar a relucir la cuestión al amparo de los famosos catorce puntos, base de la nueva Europa (2). El viaje constituyó un rotundo fracaso y su aliadofilia frenética no fué muy estimada al parecer (3).

El General PRIMO DE RIVERA había expuesto mientras tanto en una resonante conferencia pronunciada en Cádiz (4) su tesis favorable a la permuta de Gibraltar

(1) V. Marqués de LEMA *Consideraciones sobre la situación internacional de España.*

(2) La idea de que Gibraltar fuese devuelto a España como resultado de la Paz de Versalles fué expuesta por algunos autores extranjeros. Así por ejemplo, Camille JULIAN, escribía en *Au seuil de notre histoire* lo siguiente: «Qué hermoso gesto sería devolver Gibraltar a España! Yo hubiera querido que la Conferencia de la Paz ensanchando los horizontes de su posibilidad y el futuro de sus aspiraciones, hubiese hecho desaparecer estos islotes y tentáculos que la coyuntura de una alianza feudal o de una conquista violenta, ha dejado subsistentes entre las naciones modernas».

(3) Henry MORGENTHAU, hizo en 1919 una curiosa sugestión ofreciendo la asistencia de los EE. UU. de América para mantener con Inglaterra el control de Gibraltar, a cambio de hacerse cargo aquel país de un protectorado sobre Constantinopla, Armenia y Anatolia.

(4) *«La cuestión del día: Gibraltar y África, Cádiz, 1917».*

por Ceuta. Al subir al poder en 1923, persiguió con tenacidad la apertura de negociaciones en ese sentido, causando su intento una cierta repercusión tanto en el Parlamento como en la opinión inglesa (1). Las revistas técnicas de la Armada británica discutieron el caso con atención. La campaña de Alhucemas y la consiguiente pacificación de Marruecos, rectificaron sus puntos de vista primitivos, (No hay que olvidar que el General era abandonista en 1917). Esta es la última intentona de rescate por negociación, desde 1913.

Recordemos aquí, para concluir, la memorable sentencia de GANIVET: «El rescate de Gibraltar debe de ser una obra esencial y exclusivamente española». (2) Así lo quiere también la Falange: Limpia y terminante restitución de lo robado en 1704, sin pactos, componendas ni compensaciones.

Gibraltar sigue siendo español

Digamos breves palabras para completar este capítulo, sobre el problema de la soberanía en la actual situación legal y jurídica de Gibraltar. Se comete en efecto con frecuencia; incluso en autores españoles, un error imperdonable hablándose de «enajenación de soberanía».

(1) El 25 de Mayo de 1923, el «Times», resumía una vez más el punto de vista británico sobre el asunto, escribiendo lo siguiente: «La última guerra ha destruido muchas ilusiones respecto al valor de las plazas fortificadas y de los llamados puntos estratégicos. Gibraltar sigue siendo, a pesar de todo, el símbolo de la inmunidad estratégica del Imperio británico.... Bastaría suponer la hipótesis de que Gibraltar perteneciera a una potencia enemiga para comprender lo importante que resulta conservarla como una posesión inglesa.... La fortaleza y el puerto son todavía la piedra angular del Imperio».

(2) La certera visión del autor del «Idearium» en este problema, ha sido finalmente comentada por Juan José LÓPEZ IBOR, en su prólogo a la traducción española del «Gibraltar» de Gerhard HERRMANN. LÓPEZ IBOR escribe: «Esto se contiene en el Idearium español de GANIVET que vió la luz en 1897, es decir, en uno de los momentos en que se ha sentido por los españoles, con mayor pesadumbre, la grandeza de un destino histórico fracasado. Cuando se querían tapar todas las ventanas del mundo y que España se envolviese en sí misma, en un aislamiento imposible y estéril. Pero, aún entonces, en la piedra, ardía la llama tenaz de la España eterna».

y de «cesión de derechos soberanos» en los Tratados de Utrecht y de Sevilla. El tema parece nimio pero no lo es, pues implica, en cierto modo, el reconocimiento tímido y con sordina por parte de Inglaterra de su endeble base jurídica para dominar en el Peñón. Un autor inglés, por ejemplo, escribía en 1856 en respuesta a determinado folleto español: «El derecho en virtud del cual Inglaterra ocupó Gibraltar; es el puro y simple de conquista y *el tiempo transcurrido ha santificado ya la usurpación*». Otro autor contemporáneo, GARRATT, reitera en su obra: «...La base legal de nuestra ocupación continúa siendo incierta». No hay ningún escritor británico, en fin, que no trate de sofisticar de algún modo los argumentos necesarios para encontrar el asidero preciso. Porque ni en Utrecht, ni en Sevilla, hay base *de jure* para justificar la transferencia de la soberanía. Al contrario, en el artículo X del Tratado de Utrecht, se especifica bien claramente cómo *la jurisdicción territorial, esto es, la soberanía, no se cede en modo alguno a la Corona inglesa, reservándose el Rey de España*.

Un prestigioso autor francés, M. Raoul GENET, ha hecho un penetrante estudio de la cuestión en la revista «*Affaires Etrangères*» (1). No resistimos a la tentación de transcribir los más enjundiosos párrafos del trabajo:

«Tres textos suelen invocarse—escribe GENET—sobre los que consagran, contractualmente, la posesión de Gibraltar por Inglaterra. Son, por orden cronológico; el Tratado de Utrecht—1713—, el Tratado de Sevilla—1729 y el Tratado de Versalles—1783. Es necesario examinarlos con alguna atención si se quiere adquirir una noción exacta del estatuto de la antigua e histórica fortaleza.

El Tratado de paz y de amistad entre la Serenísima y Poderosísima Princesa ANA, Reina de la Gran Bretaña, etc., y el Serenísimo y Poderosísimo Príncipe, FELIPE V, Rey Católico de España, etc., firmado en Utrecht el 13 de Julio de 1717, dispone en su artículo 10:

(1) Raoul GENET—«El Peñón de Gibraltar». París—1936.

«El Rey Católico por sí y por sus herederos cede por este Tratado a la Corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto, defensa y fortalezas que le pertenecen, dando la dicha propiedad absolutamente para que la tenga y goce con entero derecho y para siempre, sin excepción ni impedimento alguno. Pero para evitar cualesquiera abuso y fraude en la introducción de las mercancías quiere el Rey Católico y supone que así se ha de entender, que la dicha propiedad se ceda a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial y sin comunicación alguna abierta con el país circunvecino por parte de tierra. Y como la comunicación por mar con las costas de España no puede estar abierta y segura en todos los tiempos, y de aquí puede resultar que los soldados de la guarnición de Gibraltar y los vecinos de aquella ciudad se vean reducidos a grandes angustias. Siendo la mente del Rey Católico solo impedir, como queda dicho más arriba, la introducción fraudulenta de mercancías por la vía de tierra, se ha acordado que en estos casos se pueda comprar a dinero de contado en tierra de España circunvecina la provisión y demás cosas necesarias para el uso de las tropas del presidio, de los vecinos y de las naves surtas en el puerto. Pero si se aprehendiesen algunas mercancías introducidas por Gibraltar ya para permuta de víveres o ya para otro fin, se adjudicarán al fisco y presentada queja de esta contravención del presente contrato, serán castigados severamente los culpados. Y Su Majestad Británica a instancia del Rey Católico conviene y conviene en que no se permita por motivo alguno que judíos ni moros habiten ni tengan domicilio en la dicha ciudad de Gibraltar, ni se dé entrada ni acogida a las naves de guerra moras en el puerto de aquella ciudad con la que se puede cortar la comunicación de España a Ceuta, o ser infestadas las costas españolas por el corso de los moros. Y como hay Tratados de amistad, libertad y frecuencia de comercio entre los ingleses y algunas regiones de la costa de África, ha de entenderse siempre que no se pueda negar la entrada en el puerto de Gibraltar.



PERSPECTIVA DEL PEÑÓN DE GIBRALTAR DESDE EL SUR

(Album Marino. Tomo IV. FERNÁNDEZ DURO)

moros y sus naves que sólo vienen a comerciar. Promete también Su Majestad la Reina de la Gran Bretaña que a los habitantes de la dicha ciudad de Gibraltar se les concederá el uso libre de la religión católica Romana. Si en algún tiempo a la Corona de la Gran Bretaña le pareciera conveniente dar, vender o enajenar de cualquier modo la propiedad de la dicha ciudad, de Gibraltar, se ha convenido y concordado por este Tratado que se dará a la Corona de España la primera acción antes que a otros para redimirla».

Conviene pesar cuidadosamente el texto de este Tratado de aparente cesión. En efecto; lo que el Rey de España ha transferido a la Reina de Inglaterra, no es la jurisdicción sino tan sólo la propiedad de la ciudad, el castillo y las construcciones militares, terrestres y marítimas y edificios. Hay un matiz acentuadísimo entre las dos cosas en el espíritu de los gobernantes de la época. Para convencerse de ello, bastará con que nos refiramos a un pasaje de GROCIO—es decir, casi un contemporáneo—en el que afirma a propósito del derecho de ocupación: «Ahora bien; con referencia a lo que no pertenece a nadie, hay dos cosas de las que es posible ampararse: la jurisdicción y el derecho de propiedad. La jurisdicción se ejerce ordinariamente sobre dos sujetos: uno, las personas; el otro, accesorio; quiero decir el lugar, lo que se llama territorio. Algunas veces se adquiere la propiedad y la jurisdicción conjuntamente... Pero ambas cosas no dejan por eso de ser distintas. De aquí que la propiedad pueda ser transferida no sólo a súbditos del Estado, sino también a extranjeros, sin perjuicio de la jurisdicción de los soberanos del país».

La jurisdicción es lo que nosotros llamamos la soberanía. Soberanía que en cuanto se refiere a Gibraltar no ha transferido a Inglaterra por el Tratado hispano-británico de Utrecht. Perteneció enteramente a España que conserva el dominio eminente sobre el Peñón. Y, además leamos bien ese texto que hemos querido reproducir en su integridad. ¿Qué vemos en él? Que en ningún lado se habla de una cesión terri-

torial. Se habla únicamente de una atribución inmobiliaria referente a construcciones superficiales y jamás al suelo que las sustenta. Ninguna delimitación se hace en lo que atañe al espacio territorial concedido al propietario de los inmuebles. Y aún esta misma propiedad está, por el contrario, estricta y rigurosamente medida. De la lectura del texto, uno se inclina a creer que el concesionario del fuerte y de la ciudad no tiene más que un *jus utendi fruedique* y que el titular de la soberanía se ha reservado el *jus abutendique*; ese derecho tan representativo, tan esencial, tan consustancial de la propiedad pura y simple. *La Gran Bretaña no adquiere más que un usufructo temporal.*

El Rey de España establece además su frontera aduanera más acá del puerto y de la ciudad de Gibraltar; mejor aún, la cierra de antemano. No quiere contacto entre los *tenedores*, detentadores de la península y el *hinterland* para evitar, precisamente, lo que va a ocurrir; esto es uno de los inconvenientes, quizá el menor, de esta instalación extranjera en su litoral: una comodidad inimaginable ofrecida al contrabando. Igualmente dá por entendido que Inglaterra —¿sospechosa ya de arabofilia? — no debe fomentar la piratería disfrazada de los vecinos africanos.

Por lo tanto; pesando bien las cosas, todas estas exigencias, todas estas restricciones amplias y excelentemente formuladas, reflejan mejor la imagen y dan la impresión de un otorgamiento unilateral, medido y calculado, de derechos patrimoniales definidos—otorgamiento consentido por el dueño y señor de un país a un solicitante extranjero—que la regulación sinalagmática de una conquista territorial soberana. El contrato prevé que en caso de abandono de la cosa por el poseedor y cualquiera que sea el modo de alienación, la preferencia será dada al derecho de retracto de la potencia soberana...

Porque este es, de hecho y de derecho, el punto neurálgico de la cuestión. En 1713 es España quien es y sigue siendo la detentadora del dominio eminente del Peñón; Inglaterra,

*que adquiere la propiedad material de una ciudad, de una ciudadela, de un puerto, se convierte, desde el punto de vista de la soberanía nacional, en vasalla del reino peninsular. Se hace constar que no puede hacer modificaciones en la propiedad otorgada sin el consentimiento del soberano (luego no tiene el *jus abutendi*). Ella posee y puede usarlo: eso es todo. ¿Cómo concebir que Inglaterra haya podido cambiar las cosas y hacer un trueque de papeles?*

Para ello sería preciso que en Tratados posteriores negociados entre las partes se constate un nuevo estado de cosas. ¿Es éste el caso? Se acostumbra a decir—y este aserto se encuentra reproducido en numerosas historias—que el Tratado de Sevilla ha consagrado la *renuncia* de España a la soberanía de Gibraltar. Se hace referencia al Tratado de Paz, de unión y de amistad y defensa mutua entre las Coronas de Gran Bretaña, Francia y España, firmado en Sevilla, el 9 de Noviembre de 1729. Y se lee ésto:

«Artículo 1.^o ...Habrá igualmente olvido de todo lo pasado; y todos los Tratados y convenciones precedentes de paz, de amistad y de comercio concluídos entre las potencias contratantes respectivamente serán, como en efecto lo son, renovados y confirmados en todos sus puntos (a los cuales no se deroga por el presente Tratado) en una manera tan plena y tan amplia como si los dichos Tratados estuviesen aquí insertos palabra por palabra: prometiendo sus dichas Majestades no hacer nada, ni sufrir que se haga, que pueda ser contrario a esto, directa o indirectamente».

«Artículo 2.^o En consecuencia de los cuales Tratados, y a fin de establecer sólidamente esta unión y correspondencia, sus Majestades católica, cristianísima y británica prometen y se obligan por este presente Tratado de alianza defensiva a garantizarse recíprocamente sus reinos, estados y tierras de su obediencia, en cualquiera partes del mundo que estén situa-
dos, y también los derechos y privile-

gios de su comercio, entendiéndose todo arreglado a los Tratados. »

¡Es una anticipación del artículo 10 del Pacto de la Sociedad de Naciones! ¿Quiere ésto decir que España, al garantizar las posesiones soberanas de Inglaterra renuncia a su soberanía sobre Gibraltar? ¡Pero si no hace tres lustros que el Tratado de Utrecht está en vigor! Pero el propio Tratado de Sevilla declara, confirma y renueva los textos anteriores y no hay un artículo, ni una línea, ni una palabra en ese texto que se refiera de cerca ni de lejos a la situación de Gibraltar tal como acabamos de analizarla más arriba! *En realidad no hay nada cambiado en cuanto al estatuto de Gibraltar.*

¿Será, pues, el Tratado definitivo de paz y de amistad entre S. M. Británica y el Rey de España firmado en Versalles el 3 de Septiembre de 1783—después de las hostilidades sabidas—el Tratado que ha introducido innovaciones en el *statu quo ante bellum*? Nada de eso se desprende del artículo 2 de dicho Tratado, artículo que reza así:

«Artículo 2. Los Tratados de paz y de comercio... de Utrecht, de 1713... de Sevilla de 1729... *sirven de base y fundamento a la paz y al presente Tratado; y para este efecto se renuevan y confirman todos en la mejor forma....*»

El artículo 4 trata de la retrocesión de Menorca a España, y eso es todo. Una vez más, no altera para nada la situación de Gibraltar según el Tratado de Utrecht. Y como no se puede hacer decir a textos claros cosa distinta de lo que en ellos aparece inscrito, *forzosamente hay que reconocer que la Gran Bretaña no ha tenido nunca jure contractus la soberanía sobre Gibraltar. El propio Peñón, en todo cuanto no está incluido en la enumeración inmobiliaria restrictiva, no le pertenece.*

Esta fué también la tesis mantenida por Don Antonio GOICOECHEA, jefe de la oposición, en el debate sobre política internacional.

de la República el 22 de Mayo de 1935. El Conde de ROMANONES había declarado antes que la situación que rige en la bahía de Algeciras era un estado de derecho y no un estado de hecho. GOICOECHEA protestó enérgicamente contra este aserto y después de haber recordado algunos precedentes de situaciones auténticamente *de jure*, como por ejemplo el caso de Llivia—enclave pirenáico, objeto del Tratado de 1876—decía esto: «La situación *de jure* es—y reto al Sr. Conde de ROMANONES a que me demuestre lo contrario—la que se desprende de los Tratados de Madrid y de Utrecht, de Marzo y Julio de 1713, que no es más que ésta: que se cede Gibraltar, pero que se cede sin anexión ninguna territorial, sin comunicación ninguna por parte de tierra y dejando expedita—¡hasta dónde llegaba la previsión de los autores de los Tratados! —, la comunicación con Ceuta. Eso es lo que dicen los Tratados. ¿Es que hay algún Tratado posterior que el Sr. Conde de ROMANONES conozca y diga lo contrario? Pues si no lo hay, Sr. Conde de ROMANONES, no tiene S. S. derecho a hacer, con excesivo ministerialismo, la causa de Inglaterra, afirmando aquí que la situación *de facto* es, en realidad, situación *de jure*.

Gibraltar, pues, sigue siendo español, dentro del más estricto orden legal y jurídico (1).

Palabras finales

Quizás no haya a estas alturas solución pacífica viable para el problema de Gibraltar. Ello se deberá especialmente a la incongruencia absoluta, a la incom-

(1) Hay, a mayor abundamiento, una razón jurídica anterior al Tratado de Utrecht, especificada en la Real Cédula de 6 de Marzo de 1634, por la que se determina que pertenecen a la jurisdicción del Tercio del Mar de Marbella y Estepona en el Reyno de Granada, los lugares de la Turana y de la Caleta, y no a la de Santa Marta de Gibraltar en el Reino de Sevilla y Algeciras.

La Turana, se halla situada en las cercanías de una caseta de Carabineros española, próxima al llamado «Territorio neutral», en los linderos de la antigua línea española.

La Caleta es un pequeño barrio de pescadores, llamado por los ingleses «Catalán Bay», y situado precisamente en la vertiente oriental del Peñón. Parece, pues, evidente, que en la cesión de la propiedad de la fortaleza de Gibraltar en 1713, no entraba todo el litoral Este de la Roca.

preensión total de la clase dirigente de Inglaterra para la generación actual de España, para lo que es y significa la Victoria de FRANCO, para lo que supone la Falange como exponente de los tiempos nuevos. Gobierna al Reino Unido una oligarquía de viejos políticos sujetos al clan masónico y financiero que los azuza sin cesar a nuevas catástrofes. Son una teoría de espectros decadentes que tienen de España un concepto pintoresco y de panadereta, y del problema de Gibraltar la visión secular que comentábamos más arriba (1). Estas gentes creen que nos interesa todavía a los españoles cazar en su amigable compañía utilizando las jaurías de Calpe—los famosos *hounds* del Peñón—, por las breñas de Sierra Carbonera, como vinieron haciéndolo desde la Independencia unos cuantos aristócratas anglófilos. Nos suponen un pueblo haragán, indisciplinado, tumbón, divertido y bueno, en fin, para ser explotado en los *docks* como trabajador manual en la reparación de los cascos de la *Home Fleet*. Se imaginan acaso que el verdadero estado de espíritu de las clases directoras de la política española respecto al problema es el de un encogimiento de ánimo como el que conocieron desde FERNANDO VII hasta la República. Se equivocan, se equivocan en ésto como en todo lo demás. Son incapaces de entender lo que está ocurriendo en Europa desde 1939 y en España desde tres años antes.

¿Para qué recordar aquí el profuso ramillete de opiniones de todos los tiempos que proclaman la tesis de la españolidad de Gibraltar? Citemos tan solo, por vía de ejemplo, una de las más ilustres, la de Napoleón BONA-

(1) Sir Alexander GODLEY, que fue Gobernador de Gibraltar desde 1918 a 1933, escribía en el *Evening Standard* en Diciembre de 1935, que, la ocupación británica de Gibraltar, no molesta realmente la susceptibilidad de los españoles. Entre otras cosas, asegura, que el abandono de Gibraltar por parte de Inglaterra, acarrearía lamentables consecuencias económicas para la población española de los contornos. También, según GODLEY, Gibraltar forma parte en realidad del Continente africano, y solamente por una genialidad de Hércules, quedó incorporado a la Península Ibérica. «La posibilidad de un ataque por tierra —terminaba diciendo el guerrero inglés— es remotísima, pues somos muy buenos amigos de España».

PARTE. Hela aquí: «España tiene una afrenta perenne e imborrable: ¡Gibraltar! Ese Peñón de fatídica recordación para los españoles, hiere continuamente lo más íntimo del sentimiento patrio. Inglaterra se apoderó alevosamente de Gibraltar, y, a pesar de las gestiones diplomáticas de intervenir militarmente para recuperar esa plaza, que en poder de Inglaterra constituye un dardo clavado en el corazón de España, tuvo ésta que resignarse con su suerte y dejar la llave del Estrecho entre las aceradas garras del jayán británico» (1). Lo que de entonces acá no era sino esporádica floración de criterios favorables a la restitución, se convierte en la Europa de 1940, en unánime clamor de estricta justicia. «Los estrechos pertenecen a los pueblos ribereños. Gibraltar es reivindicado con toda justicia por España». «¡Gibraltar es español!» exclama un día y otro la prensa italiana. En Berlín se reconoce públicamente la inexcusable reclamación española: «¡Gibraltar volverá a ser español!» afirma, a voces, la prensa del Tercer Reich. En España, ha rebrotado el viejo anhelo reivindicatorio en una explosión de fervor incontenible. «*Gibraltar, honor y deber de los españoles*» pudo titular a sus intencionados artículos sobre el tema, en Mayo y Junio de 1940, el gran periodista Manuel AZNAR.

En 1704 se consumó una infamia perpetrada de antemano. En 1830 se ahondó deliberadamente la injuria llamando a Gibraltar *colonia*, y, consiguientemente, a los españoles, indígenas colonizables. En 1935, al celebrarse el Jubileo de Plata de la Corona inglesa, este trozo de tierra y de historia española, estuvo representado allí, en Londres, en el cortejo triunfal del Imperio británico, junto a los bosquimanos y a los malayos, a los indios y a los negros. ¡Un trozo de la Patria que había descubierto y civilizado al Mundo!

En 1941, España, silenciosa, compacta, firme, erguida, espera liquidar esta vieja cuenta que tiene pendiente con el Reino Unido.

(1) * Véase «Memorial de Santa Helena».